

Sobre Guglielmo Cavallo. *Escribir. Leer. Conservar. Tipologías y prácticas de lo escrito, de la Antigüedad al Medioevo*. Colección Scripta Manent, dirigida por Antonio Castillo Gómez. Buenos Aires: Ampersand, 2017, 378 pp.

Marcela Coria
Universidad Nacional de Rosario

Este libro de Guglielmo Cavallo, filólogo clásico, paleógrafo latino, papirólogo y paleógrafo griego, y erudito italiano nacido en 1938, sumamente prolífico y de larga trayectoria universitaria, nos ofrece un panorama rigurosamente documentado de las prácticas de lectura y escritura, y un detenido análisis de los modos de producción, circulación y conservación de libros, documentos e inscripciones, en el período comprendido entre la Atenas de la edad clásica y el final del Imperio Bizantino. Se trata de una obra hasta ahora inédita en español, publicada en italiano en 2016, y traducida por Lucio Burucúa, con la colaboración de Ana Mosqueda para los términos y fragmentos latinos citados. Con esta publicación, se destaca el gran aporte de la editorial Ampersand y específicamente de la colección Scripta Manent, dirigida por Antonio Castillo Gómez, de la Universidad de Alcalá, a la historia social de la cultura escrita, de la escritura y de la lectura en Occidente.

El libro comienza con una breve “Nota liminar” (pp. 17-19) escrita por Castillo Gómez, a la que siguen seis capítulos, y luego tres partes que constituyen una inestimable contribución al lector: una extensa y detallada “Bibliografía comentada” a cada capítulo (pp. 309-363), un “Índice de nombres antiguos y

medievales” (pp. 365-372) y un “Índice de papiros y manuscritos” citados (pp. 373-376). Además, el libro contiene setenta y siete ilustraciones en blanco y negro; de ellas, veintiséis se han reproducido también en láminas a todo color, en papel ilustración, que permiten visualizar algunos de los aspectos sobresalientes mencionados en el libro.

El primer capítulo, “Escribir y leer libros, documentos e inscripciones en la Atenas de la edad clásica” (pp. 21-50), aborda las prácticas de escritura y lectura de libros, documentos e inscripciones entre fines del siglo VI y el IV a.C. y, en estrecha vinculación con ellas, la cuestión del alfabetismo en la sociedad ateniense de la época, algo de difícil elucidación debido, por un lado, a la escasez de datos certeros, y, por otro, a la coexistencia de varios tipos de alfabetismo. La cuestión se complica también por la falta, en Atenas y en la Grecia clásica en general, de “una escuela institucionalizada” y de “edificios destinados a esos fines”, así como de “verdaderas clases” y programas didácticos determinados, y por la existencia de “mecanismos de aprendizaje extraescolares” (p. 27). La sociedad de la época se caracteriza por un predominio de la cultura oral, aunque a medida que transcurre el tiempo, la cultura escrita va ganando terreno. En efecto, entre fines del siglo V y principios del IV a.C., debido a una difusión cada vez más amplia del alfabetismo, se produce un pasaje de la cultura oral a la cultura del libro y la escritura, como evidencia el surgimiento del comercio de libros y la aparición de las primeras bibliotecas (privadas en esta época), si bien hacía tiempo que, como demuestran algunos testimonios, la circulación de libros había comenzado en particular en Atenas. Cada vez más, la composición de obras, sobre todo las escritas en prosa (historiográficas, científicas y filosóficas), requería la lectura de un texto fijado en un libro y la conservación de tal material, ya que éstas “no se prestaban para la recitación o la

escucha de una *performance* oral” (p. 34). El soporte predominante en la época para documentos no epigráficos es el rollo de papiro (para documentos públicos), aunque no falta tampoco otro material perecedero como las tablillas de madera (para documentos provisorios o de índole administrativa). Solamente una pequeña parte de los documentos emitidos por la polis, en Atenas, se exponía de manera epigráfica, en estelas exhibidas en espacios públicos; la piedra, de algún modo, garantizaba la publicidad y la transparencia de los actos de la administración democrática, aunque no todas las inscripciones hayan efectivamente podido ser leídas de manera amplia. En cuanto a la modalidad de lectura, naturalmente la más habitual era la lectura en voz alta, dada la poca cantidad de individuos alfabetizados. El autor concluye que “en Atenas coexistían alfabetismos diferentes, tanto en lo cualitativo como en lo cuantitativo” (p. 47): el alfabetismo letrado estaba circunscripto a unos pocos individuos de alto rango y a los intelectuales; había otros simplemente alfabetizados; otros muchos semianalfabetos y otros muchos analfabetos. Sin embargo, “no hubo ninguna previsión a favor de un incremento del alfabetismo por parte de la democracia ateniense”, la cual exigía, empero, “para su funcionamiento, competencias gráficas, productos escritos, prácticas de lectura y, en general, una difusión de la cultura gráfica más amplia que en otras ciudades griegas” (p. 49).

El segundo capítulo, “Libros, bibliotecas y prácticas eruditas en Alejandría y el mundo helenístico” (pp. 51-89), está dedicado al período helenístico (siglos IV a I a.C.). En esta época se asiste a cambios significativos en relación con la cultura escrita. La comparación entre dos estatuas paradigmáticas permite a Cavallo analizar la profunda modificación producida en la representación del intelectual, entre el período clásico y el helenístico. A diferencia de lo que

sucedía en el primero, en el cual el intelectual habla directa o indirectamente a un público, en el segundo éste aparece “absolutamente aislado en su concentración mental: un intelectual que vivía encerrado en una escuela, en un museo, en una biblioteca” (p. 53), al servicio de un monarca, es decir, en una actitud de lector silencioso más que de comunicador oral al servicio de la polis. En efecto, “la actividad intelectual ya no se nutría del sistema de valores de la polis sino de una cantidad inmensa de libros, de reflexión sobre los textos del pasado” (p. 53); en otras palabras, esta actividad se había convertido en asunto de eruditos (filósofos, científicos, poetas, etc.) que se valían del libro no ya como mero soporte para fijar los textos, como en el período anterior, sino como verdadera fuente para sus propias obras. El libro, materia prima de estos eruditos para su propia producción, permitía la conservación de los textos del pasado, su circulación y su consumo, pero también posibilitaba su corrección, su enmienda, su comentario, su disección, su glosa, su estudio individual, su discusión detallada. La centralidad de lo escrito se evidencia en la construcción de grandes y heterogéneas bibliotecas (Alejandría, Pérgamo, Antioquía) integradas al espacio del templo y del palacio (y del Museo en Alejandría), “públicas pero sin público” (p. 66), algo que desconoció la Grecia clásica. Estas bibliotecas, que aspiraban a la universalidad y en las que los libros estaban dispuestos según un orden, eran bibliotecas de conservación más que de lectura, más bien restringida a doctos y expertos y concebida sobre todo como práctica privada de estudio e investigación, aunque no faltaban espacios de lectura en común con fines de entretenimiento, como el simposio. No resulta casual, entonces, que en un período con estas características se definiera “una verdadera teoría de la lectura” contenida en manuales de retórica y en tratados gramaticales (p. 80), y que comenzaran a diferenciarse, de acuerdo con distintos modos de lectura, los géneros literarios. Como la

polis, tampoco los reinos helenísticos llevaron a cabo políticas para favorecer la difusión de la cultura y el alfabetismo fuera del ámbito del palacio. Los documentos públicos ya no eran de carácter epigráfico sino piezas de enormes archivos. El libro de esta época tiene forma de rollo, con texto en columnas; el material utilizado era o bien papiro o bien pergamino.

El tercer capítulo se titula “Cultura escrita y libro en Roma entre los períodos republicano e imperial” (pp. 91-148). Las tablillas de madera, frecuentemente en forma de díptico e incluso polípticos, y también reunidas en forma de códice y numeradas o bien dobladas y unidas a modo de fuelle, eran el soporte de la escritura más ampliamente difundido en el mundo romano, tanto para textos literarios como documentales; tampoco faltaban el pergamino y los libros en forma de fuelle hechos con tela de lino. Más tarde, entre fines del siglo III y comienzos del I a.C., comenzó a utilizarse como soporte librario el rollo de papiro y el *volumen* de tipo helenístico, sobre todo con el nacimiento de la literatura latina y con la llegada a Roma de bibliotecas helenísticas que constituían parte de los botines de guerra. Ambos fenómenos están ligados a la poderosa influencia de la cultura y la literatura griega, acentuada desde la época de los Escipiones, en la que Roma se apropia de ellas, las asimila e integra en un lento proceso y la clase dirigente comienza a difundirlas como modelo. En la época de Cicerón ya se evidencia una importante producción y circulación de *volumina*, todavía inspirados en la cultura griega pero con una impronta propia, destinados a una cantidad creciente de lectores. Sin embargo, será poco después, en los primeros siglos del Imperio, cuando se verifique lo que el autor considera la “difusión de la cultura escrita en su conjunto más amplia y abarcadora respecto de cualquier otra época de la Antigüedad” (p. 114), sobre todo en los grandes centros urbanos, donde, por diferentes razones, se

extienden las prácticas de lectura y de escritura y la circulación de productos escritos. En ese momento aparece un nuevo (amplio y heterogéneo) público de lectores, que no se confunde con el conjunto de los incultos ni con los profesionales de las letras (pertenecientes a círculos aristocráticos). En los últimos años de la República, aparecen también continuamente nuevas bibliotecas privadas y públicas, con libros latinos y griegos. A diferencia de las bibliotecas helenísticas, las romanas, ámbito de investigación y consulta y de sociabilidad más que de lectura, estaban disponibles a un público vasto e integradas “al sistema urbanístico y a la vida de la ciudad” (pp. 135-136). Este panorama se modifica en los siglos posteriores. Cambios sociales profundos y la crisis de la enseñanza escolar que se produjo desde fines del siglo IV d.C. en adelante hicieron aumentar la cantidad de analfabetos y por lo tanto el público lector comenzó a restringirse. Además, el éxito del códice, más económico que el *volumen*, y que comenzó a generalizarse en este momento y logró gran difusión entre los cristianos, determinó una nueva forma de leer: la lectura en voz alta (predominante hasta los primeros siglos del Imperio) comenzó a ser sustituida por la lectura silenciosa. En este marco, se comprende que entre los siglos V y VI desaparezcan las bibliotecas públicas y la cultura escrita se vaya concentrando cada vez más en las casas privadas de los miembros de la élite y en los monasterios e iglesias de reciente fundación.

En el cuarto capítulo, “Bibliotecas y libros en la Antigüedad tardía” (pp. 149-186), Cavallo analiza las profundas transformaciones que sufrieron las prácticas de lectura y escritura (y con ellas, naturalmente, las bibliotecas y el concepto mismo de *biblioteca*) en un mundo en el que se restringía el alfabetismo al tiempo que se fortalecía el cristianismo. La cultura escrita se encuentra cada vez más

limitada, lo que se evidencia en la destrucción, abandono o reconversión de las bibliotecas públicas; las privadas, en cambio, persisten aunque en función de “las exigencias de los grupos sociales –siempre más escasos– para quienes, por formación y riqueza, en la Antigüedad tardía, los libros y la cultura eran accesibles” (pp. 153-154). Se trata, naturalmente, de un público restringido que continuó leyendo textos del pasado y que conservó las últimas bibliotecas privadas en el ocaso del mundo antiguo. Entre estas últimas, entre los siglos IV y V se destacan las de emperadores y miembros de la corte, además de las pertenecientes a las clases pudientes y eclesiásticas de alto rango. La difusión del cristianismo, sobre todo desde Constantino, determinó nuevos modelos de biblioteca y nuevos modos de lectura que evidencian una marcada discontinuidad con el pasado. Surgen así, sumándose a las tradicionales, las bibliotecas cristianas, por impulso sobre todo de los Padres, y que no eran públicas sino que su acceso estaba restringido a intelectuales cristianos y para uso interno; la más célebre de ellas, hasta el siglo VI, fue la de Cesarea de Palestina, y hubo otras famosas (Alejandría, Vivarium, Nola, por ejemplo) que también contribuyeron a incrementar la influencia del cristianismo en la época. En estas colecciones mixtas de la Antigüedad tardía conviven textos clásicos y textos cristianos, y rollos y la nueva tipología del códice, aunque el códice finalmente triunfaría. El monaquismo primitivo, en el que prevaleció el tipo cenobítico sobre el anacoreta, impuso un tipo de lectura en el que, a diferencia de la tradición antigua, en la que se leía como pasatiempo o modo de adquirir distintos tipos de saberes, se pretendía “que la mente se concentrara en las palabras de las Santas Escrituras para alejarla de los pensamientos perniciosos y del pecado” (p. 174). Los libros, conservados en el interior de la comunidad, en Oriente eran considerados objetos de valor, y solían ser transcritos para ser luego vendidos y contribuir así a la

economía monástica, mientras que en Occidente, donde el monaquismo era de origen aristocrático y económicamente autosuficiente, los libros servían para acrecentar la cultura y la espiritualidad de los monjes. En cuanto a las colecciones librarias eclesiásticas, surgidas no después de los siglos III y IV, y no siempre distinguibles de las monásticas, se destaca su restricción a los libros “estrictamente necesarios para la vida cotidiana de las iglesias locales” y el hecho de que las colecciones “no siempre estaban reunidas en una biblioteca organizada de alguna manera, sino esparcidas en forma variada” entre quienes utilizaban los libros “en el interior de la comunidad eclesial” (p. 182), modificándose así el concepto mismo de *biblioteca*.

El quinto capítulo, “Libros, *scriptoria*, bibliotecas en las comunidades monásticas del Occidente medieval” (p. 187-277), está dedicado a las instituciones cristianas que, en este período y lugar, se convirtieron, en la práctica, en las sedes por excelencia de la cultura escrita. Se debe sobre todo al monaquismo benedictino (aunque no entre los siglos IV y VI sino de manera gradual) la formación de *scriptoria*, lugares bien definidos en los que se realizaba de manera colectiva la transcripción de los códices, y que se encuentran ya organizados en el siglo VIII. Hasta ese momento, la transcripción estaba más bien limitada, no se realizaba en un lugar específico del monasterio y era más bien una actividad individual. El *scriptorium* es considerado por Cavallo “la bisagra de la producción libraria en el Alto Medioevo occidental” (p. 188), ya que se trata de un espacio arquitectónico específico para la organización de la cultura escrita y la manufactura libraria coordinada. El libro, cuya forma corriente en este período es el códice, paulatinamente va ampliando sus funciones: de instrumento reservado para la edificación espiritual a reservorio de distintos saberes para utilizar y

transmitir en la escuela monástica. Gran parte del capítulo está destinada al estudio de la estructuración y el funcionamiento de los *scriptoria*, desde el siglo VIII hasta aproximadamente el siglo XII. La biblioteca, que jugaba un papel esencial en la deseada autosuficiencia y autonomía del monasterio, hasta entonces es un lugar de conservación de un patrimonio valioso más que de lectura y consulta. Algunos establecimientos monásticos (Bobbio, Nonantola, Montecassino, pero no únicamente) merecen una especial atención por su importancia en la cultura escrita del Occidente medieval. En el siglo XI y parte del XII se registra una expansión política, económica y cultural; surge entonces el catálogo de la biblioteca, con valor de inventario. Los catálogos, de acuerdo con el autor, son “los que verdaderamente indican una conciencia ‘bibliotecaria’, en su doble aspecto de investigación y de tutela de los libros conservados” (p. 220). En el siglo XII, en gran parte debido a la reforma monástica cisterciense, principalmente en Italia se quiebra la fuerte conexión del *scriptorium* y la biblioteca, que hasta entonces habían permanecido unidos dado que la actividad del primero proveía –aunque no de manera exclusiva– los materiales para la segunda. Esta reforma produce cambios significativos: *scriptorium* y biblioteca se escinden, el trabajo de escritura se disloca y se restringe, la manufactura de los códices se torna más sobria, y la biblioteca alberga predominantemente libros necesarios para la lectura de los monjes. Por último, “a partir del siglo XIII, fueron los órdenes mendicantes las que determinaron la última transformación radical de los estatutos de la cultura escrita monástica en el Medioevo” (p. 263): dominicos y franciscanos sobre todo. Esta transformación se verifica: a) en la concepción de una biblioteca organizada en función de la escuela y los *studia*, en un momento en el que se difundían nuevos conocimientos y surgían las primeras universidades; b) en el hecho de que los libros ya no eran solamente

conservados en la biblioteca sino que estaban diseminados en la iglesia para su lectura más que para su conservación; c) en la falta de verdaderos *scriptoria* en los conventos; y d) en la creación de una doble biblioteca, una de consulta con libros encadenados a los bancos de lectura, y otra con libros destinados al préstamo y que se guardaban en armarios cerrados.

En el sexto y último capítulo “Reflexiones sobre alfabetismos y prácticas de lectura entre Oriente y Occidente” (pp. 279-308), el autor analiza comparativamente los procesos ocurridos en el Medioevo, entre un Occidente donde el proceso de disminución del alfabetismo, ya mencionado, producido a partir de fines del siglo IV, fue mucho más marcado, y un Oriente griego donde éste se verificó de manera menos intensa. En el Imperio Bizantino, en efecto, heredero del antiguo imperio romano y de la rica tradición cultural griega, el acceso de los laicos al alfabetismo como camino para entrar a la administración civil y eclesiástica (es decir, en los círculos de poder) fue mucho más importante que en Occidente, donde las prácticas de lectura y escritura se mantienen mayormente en instituciones monásticas y eclesiásticas. En Oriente, la administración pública, la transcripción y escritura de textos estatales o eclesiásticos y la redacción de documentos privados requerían una formación más que básica: requerían una instrucción sólida. Por ello, “en Bizancio se difundió ampliamente un buen alfabetismo entre los laicos, un verdadero alfabetismo letrado” (p. 307). En Occidente, en cambio, se nota la restricción y el carácter en general elemental e instrumental del alfabetismo de los laicos, que en pocos casos llegó a ser letrado como el de quienes se habían instruido en instituciones eclesiásticas, habida cuenta de que “las escuelas de la época eran ya todas o casi todas monásticas, catedralicias o, de cualquier forma, eclesiásticas”

(p. 292). También los modos de lectura y los espacios tanto de producción como de conservación de libros se diferenciaron. En Bizancio prevaleció la lectura en voz alta, colectiva y sonora, mientras que la lectura intensiva, concentrada y silenciosa estaba más bien limitada a los eruditos; pocas veces puede hablarse de verdaderos *scriptoria* y “no hubo bibliotecas de sedes episcopales sino libros poseídos individualmente por obispos o ciudadanos” (p. 299), si bien hubo algunas bibliotecas monásticas formadas en principio gracias a donaciones. En Occidente, en cambio, la forma más habitual de lectura era la intensiva y las lecturas públicas estaban limitadas al ámbito de la Iglesia; como se ha visto en el capítulo anterior se organizaron verdaderos *scriptoria* y las bibliotecas se encontraban en sedes eclesiásticas, siendo muy raras las bibliotecas laicas y privadas. En general, el autor concluye que en Bizancio se observa una continuidad con las prácticas de lectura y escritura de la Antigüedad tardía, mientras que en Occidente hay una marcada discontinuidad, aunque en verdad “se trató, en todo caso, de realidades completamente nuevas” (p. 306).

Escribir. Leer. Conservar. Tipologías y prácticas de lo escrito, de la Antigüedad al Medioevo es un libro no sólo notablemente atractivo sino incluso fundamental para quienes deseen indagar la historia de las prácticas de lectura y escritura en Occidente hasta la Edad Media. La erudición de Guglielmo Cavallo nos conduce de manera amena y excelentemente documentada por el largo camino, de aproximadamente dieciocho siglos, de la cultura escrita, los libros y las bibliotecas, desde sus primeras formas en la Atenas clásica hasta finales del Imperio Bizantino. Se trata, en resumen, de una obra imprescindible tanto para los especialistas como para quienes, desde diferentes disciplinas, se interesen por el tema.